

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ ⁽¹⁾

(JUANA DE ASBAJE)

Nació la madre sor Juana Inés de la Cruz el 12 de noviembre de 1651, en San Miguel de Nepantla, lugar que a doce leguas de la ciudad de Méjico se asienta sobre la falda de dos grandes volcanes que levantan hasta las nubes la anciana majestad de sus blancas cumbres. Todos sus biógrafos alaban el claro entendimiento y el afán de sabiduría que desde los primeros años de su vida puso en evidencia. Como sucede siempre cuando se trata de un gran ingenio, todas estas biografías, desde la del padre Calleja hasta la de Amado Nervo, recogen pormenores infantiles, con más fragancia de leyenda que sabor de historia, para demostrar el asomo de la genialidad casi con la insinuación de los primeros dientes. La verdad es que desde muy joven manifestó su deseo de ir a Méjico, pues había oído decir que en su Universidad se enseñaban « muchas ciencias ». A la edad de ocho años consiguió su propósito ; pero hubo de conformarse con los pocos y flacos libros de su abuelo en cuya casa vivió. Sólo pudo obtener que el bachiller Martín de Olivas le diera diez lecciones de lengua latina : primeras y últimas lecciones, sin contar las primarias de leer y escribir, que recibiera de maestro alguno ; pues es bueno saber que fué obra de su único esfuerzo el caudal de ilustración, rico en todas ciencias, con que colmó el cauce ancho y hondo de su espíritu.

(1) Estas páginas no son más que un esbozo para la realización de un trabajo que estoy preparando acerca del gongorismo en América.

Muy grande era su pasión por el estudio, y ella misma nos lo cuenta con cierta gracia candorosa : « Desde que me rayó la primera luz de la razón, dice, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni apenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflexas, que he hecho no pocas, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que puso Dios en mí... Y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes e imponiéndome la ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía a prisa y yo deprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza ; que no me parecía razón estuviese adornada de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era mas apetecible adorno. »

Luego, no sabemos si por acuerdo de su familia o por deseo del Virrey pasó al palacio como dama de honor de la Virreina. En ello discrepan los comentaristas. Algunos, como Calleja, creen que fué una medida de familia, pues la temían « desgraciada por discreta o perseguida por hermosa » ; otros, como Pimentel, opinan que habiendo crecido de tal manera su fama, el marqués de Mancera quiso prestarle su protección. El caso es que ella entró en palacio y allí vivió durante algún tiempo, asombrando a las gentes con la abundancia de sus conocimientos y despertando impulsos sentimentales con el encanto de su hermosura.

Todas las costumbres galantes del reinado de Felipe IV se reflejaban en la corte de aquel virrey de la Nueva España, pudiendo así el espíritu de Juana Inés tener conocimiento de los halagos que ofrece la vida mundana. Pero más anchos espacios había menester su amor para dilatarse que los de la terrena vida, y para ello buscó la estrechez de la celda conventual, que cierra las puertas al deleite de los sentidos a trueque de abrir las ventanas al alma. Y así fué que un buen día, cuando apenas contaba diez y siete años de edad, se abrieron para ella los claustros del convento de San Jerónimo.

Refiriéndose a esta decisión de Juana Inés dice, en forma admirable, el padre Calleja : « Entre las lisonjas de esta no popular aura vivía discretísima mujer, cuando quiso que viessen todos el entendimiento que havian oido ; porque conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración ; que no ai abril que passe de un mes, ni mañana que llegue a un día, que lo hermoso es un bien de tan ruin soberbia, que si no se permite ajar, no se estima ; que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no ai necio que no quiera hechar un borrón ; que aun la medida de la honestidad sirbe de riesgo, porque ai ojos que en el hielo deslizan mas, y, finalmente, que las flores mas bellas manoseadas son desperdicio y culto divino en las macetas del altar, desde esta edad tan floreciente se dedicó a servir a Dios en una clausura Religiosa, sin haver jamás amagado su pensamiento a dar oidos a las licencias del Matrimonio, quizás persuadida de secreto la Americana Fenix a que era imposible este lazo, en quien no podía hallar paz en el mundo (1). »

Acaso llevóla a tal estado, más que la propia vocación, el deseo de desembarazarse de los hombres y el afán de entregarse al estudio. Al menos ello es lo que se infiere de sus palabras cuando dice en su famosa carta al obispo de Puebla : « Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio ; con todo, para la total negación que tenía del matrimonio, era lo menos desproporcionado, y lo mas decente, que podía elegir, en materia de seguridad, que deseava de mi salvación : a cuyo primer respeto cedieron, y sugetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran, de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria, que embarazasse la libertad de mi estudio, ni rumor de Comunidad, que impidiese el sossegado silencio de mis libros (2). » Tan intensa fué su

(1) Aprobación del reverendísimo Padre Diego Calleja, de la compañía de Jesús. (*Fama y obras póstumas del Fénix de México*, etc., tomo III, Madrid, 1714.)

(2) Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Philotea de la Cruz (ob. cit., tomo III, pág. 124).

sed de sabiduría que, joven y bella, alabada y requerida por los poderosos, no vaciló en desdeñar la gloria perecedera, y dejó marchitar la vida en la soledad estudiosa de su celda. Allí, sin más maestro que los « libros mudos », penetró en todas las ciencias profanas para luego remontarse a las divinas. Tanto en filosofía como en física, en matemática como en historia, en literatura como en música llegó a poseer conocimientos nada comunes, pues, como ella misma lo dice, ^fparecióle preciso, para llegar a la cumbre de la sagrada teología, « subir por los escalones de las Ciencias y Artes humanas ». Voló su nombre en alas de la fama hasta trasponer las fronteras de su país y llegar a la misma España. Recibía continuamente cartas y poesías alabadoras de su talento. Tanto los marqueses de Mancera como los condes de Paredes se mostraban dadivosos con ella, que agradecía sus cariños con sonetos y romances. Prueba de la estimación de que gozaba es la siguiente anécdota. En cierta ocasión tuvo un incidente con la priora del convento, que era mujer de muy cortos alcances, y sor Juana, ofendida, le dijo: « Calle, Madre, que es una tonta. » La priora sintiéndose ofendida recurrió en demanda de justicia al arzobispo, que lo era fray Payo Enríquez de Rivera, y éste, a fuer de varón ilustrado, puso al pie de la página: « Pruebe la Madre superiora lo contrario y se administrará justicia. »

Pero no sólo palmas y rosas conquistó la prestancia de su talento, que también las desazones martirizaron más de una vez su epíritu. En la carta dirigida a sor Philotea, seudónimo del obispo de Puebla, que es quizá la página más admirable de las que escribió la insigne poetisa, dice con referencia a este asunto: « ¿ Quien no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa, y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes ? Pues, Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones, se han levantado, y despertado tales áspides de emulaciones, y persecuciones, quantas no podré contar ». Y esta su queja no es tanto contra los que la combatieron como enemigos, sino más bien contra los que la atormentaban susurrándole al oído abandonara los libros de ciencia profana, porque sólo servían para mitigar la lumbré divina que mora en los corazones. Cubriéndose con la capa

de la modestia, dice: « Me han perseguido, no por saber sino por amar la sabiduría », y « cabeza que es erario de Sabiduría no espere otra Corona que de espinas ».

Llegaron hasta prohibirla el estudio durante un tiempo por creer que el « estudio era cosa de Inquisición ». Pero los libros eran para ella esencia vital, y no podía vivir otra vida que la del espíritu. De ahí que cuando le faltó la substancia fundamental, murió en el mundo para comenzar a vivir en la eternidad.

Sucedió que en cierta ocasión, un sacerdote portugués, llamado Antonio de Vieyra, lanzó desde el púlpito ciertas afirmaciones infladas de pedantería. Dijo « que ninguna fineza de amor de Cristo dirán los Santos, que él no diera otra mayor que ella, y a la fineza del amor de Cristo que él dijere, ninguno le había de dar otra que la igualara ». Sor Juana, que tenía gran respeto por las afirmaciones que sobre el mismo asunto habían hecho San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo, salió en defensa de las mismas, derribando la suficiencia del predicador con la abundancia y firmeza de sus argumentos. Pero ella, con el recato que acostumbraba poner en todas las acciones, hizo esta refutación en carta privada al doctor Manuel Fernández de Santa Cruz, a la sazón obispo de Puebla. (1) Este prelado, a pesar de inclinarse ante el talento de Sor Juana, se permitió reprocharle por el hecho de que se ocupara más de las cosas humanas que de las divinas. En su respuesta, entre una amabilidad gentil y una alabanza justiciera, le decía: « Mucho tiempo ha gastado v. md. en el estudio de los Filósofos y Poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos, y que se mejoren los libros. » Y más adelante: « No es poco el tiempo que ha empleado v. md. en estas Sciencias curiosas; pase ya, como el Gran Boecio, a las provechosas, juntando a las sutilezas de la natural, la utilidad de una Filosofía Moral. » Estas recriminaciones se clavaron como flechas en el corazón de la poetisa, abriéndole hondas heridas de amargura, que la llevaron a una soledad donde sólo cultivó sangrientas rosas de penitencia.

(1) Véase *Crisis sobre un sermón*, etc., en *Obras poéticas*, tomo II, Madrid 1715.

Contestó sor Juana con la carta admirable que más antes cité. Hay en ella páginas de un vigor realista y de una altura de concepto que no desdeñara la pluma sobria de Santa Teresa de Jesús.

Recorre a la historia sagrada y profana para extraer copiosos argumentos, y salvar con ellos los derechos que también tiene la mujer de llevar sus labios a la fuente de la sabiduría humana. Por instantes, llena de humildad, dice que seguirá los consejos del obispo, mas luego, su espíritu bien templado no puede dejar de vibrar, y soltando su pensamiento extiende párrafos firmes, de una firmeza de acero. Al principio le manifiesta al destinatario: « Digo que recibo en mi alma vuestra santissima amonestacion, de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque viene en traje de consejo tendrá para mi sustancia de precepto. » Mas luego se levanta, rebelde a la derrota, haciendo una curiosa defensa de sus estudios. « ¿Cómo, agrega, sabría yo los métodos generales y particulares, con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Rethórica, entendería sus figuras, tropos, y locuciones? ¿Cómo, sin Física, tantas questiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde symbolizan tantas cosas ya declaradas y otras muchas que ay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del Harpa de David, fué virtud, y fuerza natural de la Música, o sobrenatural, que Dios quiso poner en David? Cómo, sin Arithmética se podrán entender tantos compuestos de años, de días, de meses, de horas, de hebdomadas tan misteriosas, como las de Daniel, y otras, para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? Cómo sin Geometría, se podrán medir el Arca Santa de el Testamento, y la Ciudad Santa de Jerusalem, cuyas misteriosas mensuras hazen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes, tan maravilloso? Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fué el mismo Dios el Artífice, que dió la disposición y la traza; y el Sabio Rey sólo fué sobrestante, que la executó, donde no avía basa sin misterio, columna sin symbolo, cornisa sin alusión, arquitrave sin significado; y assi de otras sus partes sin que el más mínimo filete estuviesse solo por el servicio y cumplimiento del Arte sino symbolizando

cosas mayores ? ¿ Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los Libros históricos ? ¿ Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero ? ¿ Cómo sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los Libros Legales ? Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que haze mención la Sagrada Escritura ? » Y así continúa en extensas páginas haciendo su defensa con el arma invulnerable de sus vastos conocimientos, adquiridos en devotas excursiones por los más variados campos de las ciencias y las artes. Pero luego que hubo afirmado así, en manera tan alta y valiente, la independencia de su espíritu y la claridad y firmeza de su temperamento, quiso demostrar cómo su amor a la sabiduría humana no había empañado el cristal de su devoción divina ; cómo, a pesar de haber sido un espíritu abierto a toda luz y a toda voz, no había olvidado el silencio y la penumbra del recogimiento ; cómo, a pesar de haber bebido en las fuentes que la humanidad podía ofrecer a sus labios, reservó lo más ardiente de su sed para abrirla en los manantiales que brotan en la serena altura, a la que tan sólo nos pueden llevar las amplias alas que desplegara San Juan de la Cruz cuando escuchó la música de su infinita trascendencia. Desprendióse de todos los libros y los instrumentos músicos y matemáticos ; y cuando se hubo quedado sola en la desolación de su celda conventual, extinguida toda luz de profano pensamiento, arrojó su alma del mundo y dióse a flagelar despiadadamente su cuerpo, en un férvido anhelo de penitencia. El dolor de su carne martirizada fué la llama en que quemó las glorias del mundo. Cilicios y disciplinas robáronle su juventud, hasta que, debilitadas sus fuerzas, una enfermedad le trajo la muerte.

EL CULTERANISMO EN AMÉRICA

No me he de extraviar en la busca de las más remotas fuentes del culteranismo. Sólo debo decir que no fué un acontecimiento estético proveniente del capricho o la genialidad de un hombre. Este movimiento literario fué de índole europea ; y así, tanto los

eufuistas (1) en Inglaterra como los marinistas (2) en Italia o los preciosistas en Francia, todos simultáneamente se esmeraron por arrancar nuevas resonancias al viejo metal del propio idioma. En España, Góngora fué el manantial donde bebieron los escritores americanos del siglo XVII y aun del XVIII. La poesía española había logrado su más alta excelencia en la obra de los místicos. Nunca llegará la inspiración a ese acendramiento que hiciera de la obra de fray Luis de León y de San Juan de la Cruz la música espiritual más honda que hubiera brotado en alma de poeta español. Pero bien sabemos que en toda literatura, un siglo de oro es a la vez demostración de grandeza intelectual y anuncio de próxima decadencia. Era, pues, perfectamente histórico que después de haber cantado a la *Noche serena* se escribieran *Las Soledades* o el *Polifemo*. No hay por qué indignarse contra el culteranismo, puesto que, a pesar de todo, trajo sus grandes beneficios a la literatura; y eso es lo que importa porque es lo único que queda.

Los que le atacaron sin fundamento y los que sin fundamento le defendieron, sólo han dejado páginas que podrán atraer la curiosidad erudita, pero que nunca servirán de base para orientar un criterio estético.

Muy poca substancia crítica puede extraerse de las objeciones de Valencia o Cascales, de Quevedo, Lope de Vega o Faria y Sousa. Acaso de todos los que atacaron el culteranismo, fué don Juan de Jáuregui, representante de la escuela sevillana, el que lo hizo con más fundamento y agudeza. En su *Discurso poético* (3) tan florido en la forma como donoso en el concepto, trae observaciones que son toques de luz en aquella polémica obscurecida por las pasiones. En cambio, las páginas de defensa, como las que escribieron don Francisco del Villar y don Martín de Angulo y Pulgar, sólo demuestran lo contrario de lo que se propusieron,

(1) Discípulos de John Lilly, literato afamado del siglo XVI, cuya obra principal se titula: *Euphues, the Anatomy of wit*.

(2) Véase la obra de LUCIEN-PAUL THOMAS, *Góngora et le gongorisme considérés dans leurs rapports avec le marinisme*, París, 1911.

(3) Véanse los fragmentos que de él se transcriben en el tomo III de las *Ideas estéticas en España*, de Menéndez y Pelayo.

cuando intentan una interpretación apologética de lo más enmarñado en la obra de Góngora. Para hallar una palabra serena al respecto, uno de esos juicios que nos presentan claramente los verdaderos valores, es necesario llegar hasta la época moderna.

Menéndez y Pelayo, en el tomo tercero de la *Ideas estéticas en España*, nos dice que Góngora, « pobre de ideas y riquísimo de imágenes, busca el triunfo de los elementos más exteriores de la forma poética, y comenzando por vestirla de insuperable lozanía, e inundarla de luz, acaba por recargarla de follaje y por abrumarla de tinieblas ». En estas palabras están resumidos los dos aspectos que presenta la obra de Góngora: el admirable paisajista, el elegante y flúido poeta de los sonetos y romances, y luego el inextricable autor del *Polifemo* y *Las soledades* (1).

Pero para desventura de las letras fué este último el que apasionó a los escritores de su época y el que mayor influencia tuvo en las letras hispanoamericanas. Ello se debe a que en las batallas literarias, el resultado es siempre una paradoja: los derrotados son los que triunfan. Y así sucedió con el culteranismo: en cuanto lo atacaron formó escuela, y aún fué causa de que naciera el conceptismo, que al fin y al cabo es un culteranismo al revés.

En lo que se refiere a la influencia de Góngora en América, no se ha hecho todavía el estudio completo. Ligeras noticias tenemos al respecto por medio de historias literarias o antologías. De ellas podemos inferir que se prolongó hasta muy entrado el siglo XVIII. En el Perú introduce la manera gongórica don Juan de Ayllón; luego tiene cultores distinguidos como don Adriano

(1) Con posterioridad, el escritor mejicano don Alfonso Reyes, uno de los que con mayor elegancia manejan actualmente la lengua de Gracián y de Quevedo, se ha ocupado de Góngora y el gongorismo en las siguientes oportunidades: *Cuestiones estéticas; Sobre la estética de Góngora*, París, 1910; *Revue Hispanique*, Cuestiones gongorinas: *Sobre el texto de las lecciones solemnes de Pellicer*, París, 1918; *Revista de filología española: Góngora y La gloria de Niquea*, Madrid, 1915; *Contribuciones a la bibliografía de Góngora* (en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Díez Canedo), 1916-1917; *Reseña de estudios gongorinos (1913-1918)*, 1918; *Los textos de Góngora; Corrupciones y alteraciones*, 1916; *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid; Cuestiones gongorinas: *Pellicer en las cartas de sus contemporáneos*, 1919.

de Alecio, autor de *El angélico*, poema en que se relata la vida de Santo Tomás de Aquino. Pero quien la impone de una manera definitiva es don Juan de Espinosa Medrano, el *Lunarejo*, hombre culto en letras clásicas que escribió el libro titulado *Apologético en favor de don Luis de Góngora, Príncipe de los poetas líricos de España, contra Manuel de Faria y Sousa, cavallero portugués*, etc. La obra fué editada en Lima en 1662 (1), y acaso sea la única que en defensa de Góngora se ha escrito en América.

La misma orientación descubrimos en algunos miembros de la Academia de Castell-dos-Rius, como el conde de la Granja, autor del poema *Vida de Santa Rosa* (1712). A mediados del siglo XVIII, don Pedro Peralta Barnuevo aún mantiene encendida la brasa culterana. Autor del poema heroico *Lima fundada o conquista del Perú* (1732), y obligado poeta en todos los festejos, su influencia se hizo poderosa, y numerosos versificadores de la época siguieron sus huellas. Acaso fuera el último de ellos el español Esteban de Terralla y Landa (2), que escribió, entre otras obras el *Lamento métrico general, Llanto funesto y gemido triste que a el sensible y nunca bien sentido doloroso ocaso de Nuestro Señor Augusto Católico Monarca el Señor Don Carlos III (que en paz descanse) Rey de España y Emperador de las Indias*, etc. (1789).

En Colombia fueron escasos los fervorosos del culteranismo. Son dignos de mencionarse los nombres de don Hernando Domínguez Camargo, autor de un *Poema heroico a San Ignacio de Loyola* (1666), y que según Antonio Gómez Restrepo «dió quince y raya a los más tenebrosos versificadores» (3), y luego don Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla, de quien dice Menéndez y Pelayo haber examinado en la Bi-

(1) Menéndez y Pelayo afirma equivocadamente que fué editada en 1694; así lo demuestra don Luis Alberto Sánchez en su interesante obra *Historia de la literatura peruana*. I, *Los poetas de la colonia*, Lima, 1921.

(2) Este autor es el mismo que, con el seudónimo de Simón Ayanque, escribió el curioso libro en verso *Lima por dentro y fuera*, del que se hicieron ediciones en Cádiz, Madrid, Méjico, Lima y París. Poseo un ejemplar de esta última, ilustrada con dibujos de Merino e impresa por la casa Mezin, en 1854.

(3) ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *La literatura colombiana*, en *Revue hispanique*, tomo XLIII, París, 1918.

biblioteca nacional de Madrid, un voluminoso tomo coleccionado, entre cuyos papeles se encuentran composiciones de «extravagante estructura». Resulta interesante ver en la nómina de dichas composiciones que ocho de ellas, junto con un folleto de setenta y cinco páginas, se refieren a Sor Juana Inés de la Cruz (1).

Don Jacinto de Evia, representa en el Ecuador la misma escuela. Publicó en Madrid, en 1675, un *Ramillete de varias flores poéticas y cultivadas en los primeros abríles de sus años*. Casi un siglo después de Evia, en la época en que don José Orozco levantaba a gran altura la poesía ecuatoriana con su poema épico *La conquista de Menorca*, el padre Juan Bautista Aguirre pugnaba aún por hacer revivir en su tierra la última llama del gongorismo (2).

En el resto de América el culteranismo apenas asoma. Lo vemos en Bolivia, a mediados del siglo XVII, en algunos pasajes de la *Crónica moralizada* del padre Francisco Antonio de la Calancha; en Venezuela tuvo varios adeptos al finalizar el siglo XVIII, y, por fin, entre nosotros, Luis José de Tejada es también un representante típico, a pesar de que don Enrique Martínez Paz diga «que andaríamos, tal vez, con más acierto si fuéramos a buscar la filiación literaria del poeta en la escuela sevillana, más oriental que clásica, alrededor del «divino Herrera (3)». No es menester un estudio minucioso para demostrar lo contrario de esta afirmación (4). Por otra parte, no se comprueba la procedencia literaria de un escritor, sorprendiendo en su obra el injerto de uno que otro verso pertenecien-

(1) Véase MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, tomo II, página 24 (nota), Madrid, 1913.

(2) Véase JUAN LEÓN MERA, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana, desde su época más remota hasta nuestros días*, 2ª edición, Barcelona, 1893.

(3) *Coronas líricas*, prosa y verso por Luis José de Tejada. Precedida de una noticia histórica y crítica por Enrique Martínez Paz, y anotada por Pablo Cabrera, Córdoba, 1917.

(4) Afirman el gongorismo de Tejada, don Ricardo Rojas (*La literatura argentina*, t. II, Buenos Aires, 1918) y don Jorge Max Rohde (*Las ideas estéticas en la literatura argentina*, t. I, Buenos Aires, 1921).

te al autor de quien se quiere demostrar que procede. Góngora representa en la poesía española una manera especial de expresión; y en la obra de Tejada encontramos esa manera de expresión, aunque bastante mitigada. No nos interesa saber si Tejada había leído o no a Góngora; nos basta saber que escribió en una época en que las letras españolas estaban impregnadas de culteranismo, y toda su obra se templó, por lo tanto, a estridente diapasón de la época.

EL CULTERANISMO EN MÉJICO. LA POESÍA DE SOR JUANA

Al decir de un crítico insigne, en el siglo XVII, Méjico continuaba siendo «la metrópoli literaria del mundo americano». La sombra del ocaso envolvía la gran figura crepuscular de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, escritor ilustre que en el teatro se levanta a la altura de Tirso y de Calderón, y que las letras españolas reclamaron para sí como hijo de su lengua y de su espíritu, pero que la pluma de Pedro Henríquez Ureña y los documentos hallados por don Nicolás Rangel, nos lo devuelven como el hijo que tan sólo fué a España a labrar el oro que le ofrendó la América (1). El gran dramaturgo iba tornándose en figura del pasado, su voz apenas se oía, cuando se abrió el espíritu de Sor Juana a las brisas poéticas de su tiempo. La Décima Musa, como se la ha llamado, despertó, pues, en medio de la música ensordecedora de los gongóricos que volcaban a torrentes la copiosa desarmonía de sus poemas. Era numerosa la cantidad de versificadores en cuyas manos había muerto el encanto de la sencillez y con ella la cálida y evocadora fuerza de la inspiración. Entre los que representan algún valor poético está el jesuíta Matías de Bocanegra, cuya *Canción alegórica al desengaño* (2), se salva por la elegancia fácil del verso y

(1) PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, Habana, 1915.

(2) Don Francisco Pimentel (*Historia crítica de la literatura y de las ciencias en Méjico, desde la conquista hasta nuestros días*, Méjico, 1885) transcribe íntegramente esta composición, haciendo de ella un análisis demasiado minucioso, hasta detenerse en pormenores indignos de una crítica elevada.

el sentido suavemente religioso que la envuelve; don Carlos de Sigüenza y Góngora, hombre, para su tiempo, de gran sabiduría en matemáticas, filosofía e historia, pero frío y de mal gusto en materia poética, escribió un poema sacro-histórico que llamó *Primavera indiana*, otro en elogio de San Francisco Javier y algunas poesías sagradas (1). Si como prosista y hombre de ciencia nos merece el mayor respeto, en cambio como poeta su lectura es imposible por la dureza impenetrable del verso. Fray Juan Valencia escribió una *Teresiada*, poema en latín acerca de Santa Teresa; se compone de trescientos cincuenta dísticos retrógrados o anacíclicos, es decir, que lo mismo pueden leerse según están escritos, como al revés: labor que para afrontarla y llevarla a cabo requiere, a más de una paciencia espesa y larga, una absoluta falta de sentido poético. La historia literaria nos enseña que el artificio y la oquedad son frutos que tan sólo maduran en el árbol de la decadencia. La manera gongórica, que, especialmente con el maestro que le diera nombre y vida, contribuyó a dar movimiento y color al pesado y descolorido verso castellano, cuando penetra en la Nueva España se torna en el más enredado y obscuro galimatías. He aquí los títulos de dos libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro: *Exaltación*

(1) A pesar de haber publicado varias obras, no lo fueron todas las que escribió, según él mismo lo manifiesta: « Si hubiera quien costeara en la Nueva España las impresiones (como lo ha hecho aora el Convento Real de Jesus Maria) no ay duda sino que sacara Yo a luz diferentes obras, a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi Patria tengo, y en que se pudieran hallar singularissimas noticias, no siendo la menos estimable deducir la serie, y cosas de los Chichimecas, que oy llamamos Mexicanos, desde poco despues del diluvio hasta los tiempos presentes, y esto no con menos prueba que con demostraciones innegables por mathematicas: Cosas son estas, y otras sus semejantes que requieren mucho volumen, y assi probablemente morirán conmigo (pues jamas tendré con que poder imprimirlo por mi gran pobreza). » (*Parayso Occidental, plantado y cultivado por la liberal benefica mano de los muy Catholicos, y poderosos Reyes de España Nuestros Señores en su magnifico Real Convento de Jesus Maria de Mexico: de cuya fundación, y progresos, y de las prodigiosas maravillas y virtudes, con que exalando olor suave de perfeccion, florecieron en su clausura la V. M. Marina de la Cruz, y otras exemplarissimas Religiosas da noticia en este volumen D. Carlos de Siguenza y Gongora Presbytero Mexicano. Mexico, 1684.*)

magnífica de la Batlemítica rosa de la mejor americana Jericó y acción gratulatoria por su Plausible Plantación dichosa. Otro: Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elias Carmelitano. Si esta era la leyenda del portal, es de imaginarse lo molesto que fuera un viaje a través de las páginas interiores, aturdidido por la música de ese lenguaje embrollado y detonante.

La figura de Sor Juana se destaca como un oasis en la desolación literaria de su tiempo. Escritores como el padre Feijoo y don Juan Nicasio Gallego, reconocen en ella un gran espíritu, pero le niegan talento poético. Ello se debe a la falta de hondo sentido estético en ambos autores (1). Fué menester que hablara la voz de Menéndez y Pelayo para que las gentes de letras se dieran a gustar las bellezas ocultas en los versos de la *Inundación castálida*. La simpatía de Sor Juana por Góngora llega no sólo a citarle varias veces en sus libros, sino hasta imitarle de la manera como lo hizo en su *Sueño*. En alguna ocasión le llama el « Apolo andaluz », poniendo en ello cierto respeto y predilección estética. Luego, en gran parte de sus composiciones, se advierte esa frialdad y aspereza que caracterizan la manera culterana. Pueden observarse claramente las huellas que dejó la garra del maestro, entre otras, en aquella composición que comienza así:

Oigan el eco horrísono
De mis acentos bélicos
Desde el confín Antártico
Hasta el opuesto término.

(1) También con respecto a las poesías de Sor Juana, como en el caso ya citado de Bocanegra, don Francisco Pimentel se detiene a censurar los pequeños defectos, haciendo así una crítica que carece de valor fundamental. Mucho más exacto es el juicio que emitiera don Marcos Arroniz en su *Manual de biografía mejicana, o galería de hombres célebres de Méjico* (París, 1857), a pesar de tratarse de dos o tres párrafos al final de un bosquejo biográfico. Don Leopoldo Augusto de Cueto, en su *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII* (Madrid, 1893), considera a la « famosa monja de Méjico » como uno de los más visibles ejemplos del estrago que en el siglo XVII llegó a causar la moda insensata de los alambicamientos de frase y de idea, y de las antítesis y metáforas exuberantes y ridículas » (t. I, pág. 17).

También el espíritu de Góngora inspiró el *Neptuno alegórico* (1), cuya espesa erudición mitológica hacen insoportable su lectura. Pero, donde por ser fiel a la escuela llegó al máximo de la aberración del gusto, fué en el ya citado *Sueño* (2), sonora y enredada columna de versos, cuyo valor poético puede apreciarse a través de los siguientes con que comienza :

Piramidal, funesta, de la tierra
Nacida sombra, al Cielo encaminada
De vanos obeliscos punta altiva,
Escalar pretendiendo las Estrellas;
Si bien, sus luzes bellas
Essemptras siempre, siempre rutilantes,
La tenebrosa guerra,
Que con negros vapores se intimaba
La vaporosa sombra fugitiva,
Burlaban, tan distantes, etc., etc.

La bondad de Amado Nervo llegó hasta el deseo de elogiar esta composición, pero como posiblemente le faltaron argumentos para ello lo hizo con palabras del « discreto » padre Juan Navarro Vélez, el cual, queriendo destacar una virtud, manifiesta que « es tal este *Sueño*, que ha menester ingenio bien despierto quien hubiere de descifrarle (3) ». Ello demuestra la

(1) *Neptuno Alegórico*, Océano de los colores, Simulacro Político, que erigió la muy Esclarecida, Sacra, y Augusta Iglesia Metropolitana de México, en las lucidas Alegóricas ideas de un Arco Triunphal, que consagró obsequiosa, y dedicó amante a la feliz entrada del Excelentísimo señor Don Thomas Antonio Lorenzo Manuel de la Cerda Manrique de Lara Enriquez Afan de Ribera Portocarrero y Cárdenas, Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, de la Orden y Cavalleria de Alcántara, Comendador de la Moraleja, del Consejo y Cámara de Indias, y Junta de Guerra, Virrey, Gobernador, y Capitán General de la Nueva España y Presidente de la Real Audiencia, que en ella reside, etc. Que hizo la Madre Juana Inés de la Cruz Religiosa del Convento de San Gerónimo de esta Ciudad. (*Poemas de la única poetisa americana, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz*, etc., t. I, Madrid, 1714, pág. 273.)

(2) « Primero Sueño, que assi intitulo, y compuso la Madre Juana Inés de la Cruz imitando a Góngora » (ob. cit., t. II, pág. 171).

(3) AMADO NERVO, *Juana de Asbaje*. (*Contribución al centenario de la independencia de Méjico*), página 74, Madrid, 1910.

existencia en dicha composición de una obscuridad retórica a la que sólo pueden penetrar cierta suerte de iniciados en los misterios del retruécano. Pero si bien sor Juana se olvidó por un momento de ser « grande con la expresión sencilla » (1), y se dejó llevar por la desgredada musa de *Las soledades*, en cambio, para el resto de su obra, muchas fueron las enseñanzas provechosas que recogió en el altísimo poeta de los sonetos y romances.

A pesar de su estado religioso y de haber buscado en el dolor de la penitencia la escala celeste de purificación, no hallamos en sus versos la fisonomía espiritual de un temperamento místico. El misticismo requiere un amor tan alto y tan puro, y a la vez un calor sagrado tan hondo, que la personalidad humana se levanta sobre el mundo en un férvido anhelo de posesión divina. Es una especie de sabiduría celestial purificada en el fuego del fervor. « Donde la imaginación y el sentimiento predominan, la reflexión dormita », ha dicho Rousselot (2) refiriéndose al temperamento de los místicos. Y precisamente lo contrario sucede en la obra de sor Juana. En la mayor parte de sus composiciones sagradas puede advertirse la labor de un espíritu que gusta más detenerse en la curiosidad de un retruécano que penetrar en la hondura del amor divino. Indudablemente que no todo en el misticismo ha de ser contemplación angelical. Puede florecer en un espíritu sereno como el de San Juan de la Cruz, o en un temperamento luchador como el de Raimundo Lulio, implacable enemigo del averroísmo. Al uno, su fervor lo llevará a escribir el *Cántico espiritual*; y al otro, a emprender una cruzada contra el islamismo o a escribir el *Cántico del amigo y del amado*. Pero a ambos la misma luz les iluminó el sendero y la misma llama les ardió en el corazón. En cambio a sor Juana, a causa de la frivolidad de la vida colonial, le faltó acendramiento de espíritu para poner en sus estrofas esa inquietud que

(1) ANTONIO DE CAMPANY Y MONTPALAU, *Teatro históricocrítico de la elocuencia española*, tomo III, Madrid, 1787. Palabras que se refieren a fray Luis de Granada.

(2) PABLO ROUSSELOT, *Los místicos españoles*. Traducción de Pedro Umber, Barcelona, 1907.

nos levanta en pos de una remota trascendencia. En sus *Letras sagradas* no se advierte el calor de una fe hondamente sentida : todo en ellas es juego de palabras y afán de cautivar al lector con la ondulación cambiante de su temperamento ingenioso. No tuvo la aptitud musical como fray Luis de León o la sencillez enjundiosa como Santa Teresa, para expresar el fervor trascendental. Acaso pudo haberlo hecho en sus últimos años, pero entonces prefirió callar su fervor para entregarse al martirio silencioso. Fué así un ave armoniosa en la tierra, a quien le faltó alas para llevar hasta el cielo las canciones. Sus más ardientes versos han sido consagrados al amor humano. La raíz de esta pasión es un misterio que nadie ha osado penetrar, acaso porque sea más grata al oído la canción que se ignora de donde viene. Pero ahí están los sonetos, las liras y los romances, encendidos por una llama que arde en dolores de ausencia y desesperanza. Pienso que a pesar de lo mucho que dicen esos versos acaso sea más lo que callan. Así, por ejemplo, quién sabe lo que oculta aquella décima que dice :

El Page, os dirá discreto,
cómo luego que leí
vuestro secreto, rompí,
por no romper el secreto.

I aun hize más, os prometo ;
los fragmentos, sin desdén,
del papel, tragué también :
que secretos que venero,
aun en pedazos, no quiero
que fuera del pecho estén (1).

Algo debió suceder en el corazón de la joven en aquellos días de la fastuosa corte virreinal, cuando ataviada con sedas de Holanda o de China, inteligente y bella, encendiera recuestas galantes en labios de nobles españoles. Veamos un soneto que puede darnos la pauta para penetrar en el fondo sentimental de sus querellas :

(1) *Poëmas, etc.*, tomo I, página 180, Madrid, 1714.

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Sylvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.

A mi mesma memoria apenas creo,
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo ;
mas luego la razón justa me advierte,
que sólo se remedia en publicarlo ;
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo (1).

Acaso no fuera difícil, aguzando un poco la imaginación y extrayendo minuciosamente el valor de las palabras, llegar a entrever la tragedia misteriosa que desde hace más de tres siglos guardan estos versos. Pero no queremos con nuestras plantas hollar tan sagrado recinto. Sólo interesa como fuente de un amor que no se olvida, y que con el pasar del tiempo va desde el calor de la pasión hasta la tibieza de la añoranza. Ella había dicho en este soneto « en que satisface un recelo con la retórica del llanto »:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía ;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

(1) Obra citada, tomo I, página 202.

con sombras necias, con indicios vanos ;
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos (1).

Pero he aquí que llega un día en que la despedida se hace menester, y entonces, en un encendido romance, canta el dolor de la ausencia :

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño
ni me da licencia el llanto,
ni me da lugar el tiempo :

Háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.

Y aun esta te hablara torpe
con las lágrimas que vierto ;
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego...

Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos,
y lo que juró tu boca,
no lo desmientan tus hechos.

Y adiós, que con el ahogo
que me embarga los alientos,
ni sé ya lo que te digo,
ni lo que te escribo leo (2).

La pasión es fuerte y se manifiesta en forma desembozada. Para que se advierta la vibración clara del espíritu, en vez de diluirla en metro amplio, nos presenta la emoción esencial como estereotipada en la escueta desnudez del octosílabo. Pero la vida se antepone, y es necesario reducir todo el placer del amor al recuerdo impreciso del amado. Y así, es un eco de su última

(1) SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Poesías escogidas*. Selección y prólogo de MANUEL TOUSSAINT, edición *Cultura*, página 32, Méjico, 1916.

(2) *Obras poéticas, etc.*, tomo II, página 267, Madrid, 1715.

voz amorosa, una música de su desesperanza, este bellísimo soneto, « que contiene una fantasía contenta de amor decente »:

Detente sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿ para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo ?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía ;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho,
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía (1).

Estos endecasílabos, fuertes y elegantes, reflejan un espíritu ágil para modelar el pensamiento y aprisionarlo entre las líneas firmes de la forma. La primera impresión que dejan los versos de sor Juana es la de que estamos frente a un temperamento cerebral. Pero no es así; ello se debe al lenguaje de la época, un tanto indócil a los medios tonos de la emoción delicada. Es necesario el oído alerta y la atención cordial para llegar hasta el rumor de las profundas corrientes que llevan los secretos de un corazón atormentado.

En los *Autos sacramentales*, especialmente en el *Divino Narciso*, se encuentran sus canciones más bellas. Desnudas de todo ropaje amanerado, nos hablan con sencillez y elevación de las cosas del alma y del mundo, como si el devoto numen hubiera prestado alas más serenas a su inspiración.

Recojamos algunas estrofas de dicho *Auto* :

Pregunta a tus mayores
los beneficios míos ;
los abundantes ríos,
los pastos y verdores
en que te apacentaron mis amores.

(1) *Obras poéticas*, tomo II, página 206.

En un campo de abrojos,
en tierra no habitada
te hallé sola, arriesgada
del lobo a ser despojos,
y te guardé cual niña de mis ojos.
Trájetete a la verdura
del más ameno prado,
donde te ha apasentado
de la miel la dulzura,
y aceite, que manó de peña dura.
Del trigo generoso
la médula escogida
te sustentó la vida,
hecho manjar sabroso,
y el licor de las uvas generoso (1).

También pertenece a la misma obra un pasaje en el que se encuentran las estrofas más delicadas y más hondamente líricas de sor Juana. Su extensión me impide transcribirlas, pero puede apreciarse su valor a través de esta estrofa :

Decidme donde está el que mi alma adora,
o en qué parte apacienta sus corderos,
o hacia dónde a la hora
meridiana descansan sus luceros,
para que yo empiece a andar vagando
por los rediles que le voy buscando (2).

Cierto encanto cristiano y pastoril trascienden los versos de esta composición. Ya no es la voz de Góngora la que gobierna su ritmo; hay una armonía más honda y más serena, hay más suavidad y más ternura, como si en las praderas de Garcilaso vagara una nota desprendida de las estrofas de fray Luis de León. Pero pronto había de callar esa voz que recogió las bellezas del mundo para cantarlas. Una onda de fervor religioso le inundó el espíritu apagando toda llama de amor a los encantos de la vida. Desprendióse, como ya dije, de todo aquello que podía llevarla al contacto con las cosas terrenales, y se aprestó

(1) Fragmento transcrito en *Poesías escogidas*, Méjico, 1916.

(2) Véase AMADO NERVO, *Juana de Asbaje*, página 212.

a inmolar su alma en las aras divinas. El éxtasis, la sed de Dios, se tornaron en el único objeto de su vida, y, como Santa Teresa, comenzó a morir de no morir. Fuerte debió ser la lucha consigo misma para redimirse de toda humanidad, y, desoyendo las halagadoras voces del placer perecedero, sumergirse en la hondura inmanente donde la devoción se acendra hasta identificar al hombre con la eterna bienaventuranza. Ella misma refiere esa lucha :

La virtud, y la costumbre
En el corazón pelean ;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte,
Temo que tal vez la venzan ;
Que es muy grande la costumbre,
Y está la virtud muy tierna (1).

Muy poco de su fervor religioso nos ha dejado en sus estrofas. Hallamos alguna nota serena con delicados matices de amor divino en los *Villancicos* del tomo primero. Pero siempre aparece a flor de verso el espíritu claro y ligero que escribe para el mundo : bien sabía ella que la escuchaba con atención el oído de su tiempo. Por eso es difícil oír en sus composiciones esa honda melodía que fluye con la delicadeza sencilla de lo que se da sin saber que se da, como la « callada música » de los grandes místicos. No olvida la opulenta púrpura culterana ni aún cuando ha de entrar en el templo.

Comienza así un *Villancico* en honor de María Santísima :

A la que triunfante
bella Emperatriz,
huella de los ayres
la región feliz.

A la que ilumina
su vago confin,
de arreboles de oro,
nácar y carmín (2).

(1) *Fama y obras posthumas*, tomo III, página 243, Madrid, 1714.

(2) *Poemas*, tomo I, página 240.

Más adelante recojo estas otras estrofas escritas también « en honor de María Santísima Madre de Dios, en su Assumpcion Triunfante » :

A llantos repetidos
entre los troncos secos,
ecos, ecos
dan a nuestros gemidos,
por llorosa respuesta,
el monte, el llano, el bosque, la floresta.
Si las lumbres atenta
azia el suelo bolvieras;
vieras, vieras
que triste se lamenta
con ansia lastimosa
el paxaro, el chrystal, el pez, la rosa.
Más con ardor divino,
ya rompiendo las nubes,
subes, subes,
y en solio chrystalino
besan tus plantas bellas,
el Cielo, el Sol, la Luna, las Estrellas (1).

Tomo estos ejemplos entre las composiciones que me han parecido menos amaneradas. Pero, asimismo, fácilmente se observa que la preocupación por el atavío amengua un tanto la espontaneidad del calor sagrado. De ahí resulta que la mayor parte de su obra es el reflejo, o bien de la frivolidad social del medio en que vivió, o bien de la decadencia literaria de su época. Sólo en sus últimos años, a partir de la carta de sor Philotea de la Cruz, la invade un fervido misticismo, cuyos secretos guarda el enrojecido cáñamo disciplinante que mordiera sus carnes.

HÉCTOR RIPA ALBERDI.

(1) *Poemas*, tomo I, página 247.